

antes que ser juzgado. Otro diputado Maure, que no había sido arrestado ni acusado, se suicidó también, desesperado de ver á la reacción triunfante.

Los representantes arrestados el primero de Pradial y que había de juzgar la comisión militar, habían sido llevados al castillo del Toro, en una isla vecina á Morlaix, costa de Bretaña. Entre los seis, que tal era su número, solamente de dos podía decirse que habían pertenecido á los jacobinos. Era el uno Duquesnoi, exclaustro, violento y arrebatado en la vida política, bondadoso en la privada, intrépido en el desempeño de su comisión en los campamentos y que había compartido con Carnot la gloria de Wattignies, el otro era Bourbotte, de valor impetuoso, hasta el delirio, que, asociado en la Vendée á los funestos hebertistas de Saumur, se había mostrado terrible, mas no implacable. Desde el castillo, Bourbotte, recomendaba á un amigo suyo que cuidase de sus dos hijos, uno de los cuales no lo era, era un infeliz vendeanito que había recogido en el campo de batalla de Savenai y que hacía educar en compañía de su verdadero hijo. Los otros cuatro presos no ofrecían esta mezcla de mal y de bien; eran los caracteres más puros de la Convención, Duroi, aunque montañés y adversario de los girondinos, había intentado en pleno Terror oponerse al despotismo de Robespierre y de los comités. Romme y Soubrani, de origen y carácter diversos, habían sido toda su vida íntimos amigos; á entrambos sus madres, rica y noble señora la una, y la otra burguesa oscura, les habían amamantado en las ideas de Rousseau. Romme, fué un sabio; Soubrani, un guerrero. El primero compuso el calendario republicano y tomó una parte brillante en aquel gran movimiento que puso las ciencias al servicio de la revolución; el segundo se captó la admiración universal en los ejércitos, dando al soldado ejemplo de sobriedad y de paciencia al par que de valor y arrojo en la reconquista de las plazas francesas en los Pirineos Orientales. Romme y Duroi, rígido y austero el uno, vivó é impetuoso el otro, habían tomado parte en las medidas de rigor: Soubrani y el más joven de los seis, Goujon, caí siempre en la guerra, habían tenido la fortuna de hallarse alejados de las discordias civiles. De alta estatura y abundante cabellera blanca, Goujon era en lo físico hermoso como Saint Just, pero de fisonomía tan dulce como sombría había sido la de aquél, y en lo moral, la rectitud y la bondad personificadas; habíase distinguido especialmente en los ejércitos del Rin y del Mosela haciéndose querer y venerar de los soldados no menos que Soubrani. El odio que le profesaba aquella mayoría insensata provenía de haber combatido que se tomase represalias contra el partido jacobino, en cuyos excesos no había tenido parte alguna. Al subir á la Tribuna en la noche fatal, cuéntase que exclamó. «Marchamos al suplicio». y dominado siempre por este presentimiento, escribió en el castillo del Toro su canto de muerte y el de sus amigos, conmovedora apelación en verso al Dios de la justicia.

Quando se les comunicó la noticia de que iban á ser llevados á París para que les juzgase la comisión militar, el viento se llevó su postrera esperanza de salvarse; pero sere-

nos y firmés siempre, juraron traspasarse el corazón con un puñal en las mismas barbas de los jueces. Por el camino tuvieron ocasión de escaparse, y no quisieron aprovecharla. Se les encerró en la cárcel de las Cuatro Naciones—el Instituto,—donde escribieron su defensa, que era irrefutable. Lejos de haber coadyuvado al movimiento insurreccional, no habían tenido conocimiento de él hasta que estalló. Lo único de que se les podía acusar, era de haber hablado aquella noche al objeto de elevar á leyes algunas de las aspiraciones del pueblo. Pero si se les consideraba culpables por haber usado de la palabra, culpable era también el presidente por habérsela concedido, culpables los diputados de la derecha por haberles empujado á hablar y haber votado sus proposiciones. Ni en el contenido de éstas podía encontrarse materia punible, porque eran las más templadas que la situación consentía, una de ellas, la abolición de la pena de muerte. Mas todo fué en vano. El trece de Junio comparecieron ante la Comisión. ¡Qué proceso! De los diputados citados, la mayor parte ó no concurrieron ó respondieron con evasivas, y el presidente Vernier, que por tres veces había invitado á Goujon á pedir la palabra, no asistió ni se excusó. La Comisión, por su parte, no dejó leer las defensas escritas, ni citó á varios testigos importantes reclamados por los procesados. El público, reaccionario por supuesto, renovó los escándalos que habían dado en el Tribunal revolucionario los bebedores de sangre y las furias de la guillotina, y los periódicos retrógrados desempeñaron el mismísimo papel que Hebert y Chaumette desempeñaran en el proceso de los girondinos. Todos se constituyeron en asesinos de los últimos montañeses, cuyo partido fué santificado por el martirio á su vez, como lo había sido la Gironda. Las últimas cartas de Goujon á su madre, á su mujer, á su hermano, bien pudieron haberlas firmado los girondinos en la Conserjería ó en las grutas de San Emilio; Goujon cree, como ellos, en la justicia eterna, y emplaça á los suyos para una vida mejor y para un mundo más feliz. Si alguna diferencia existe, es en ventaja del montañés, que rechaza, al morir, toda pasión de odio y de venganza: «He vivido por la libertad, exclama; muero por la igualdad!» Los adioses de Romme expresan una grandeza estoica: los de Soubrani descubren la magnanimidad del soldado. El diez y siete de Junio por la mañana, la madre, la mujer y el hermano de Goujon llevaron á éste los medios de escapar al verdugo: un cuchillo y veneno. En este mismo día se pronunció la sentencia, que fué de muerte, como se esperaba. Mas lo que no se esperaba ni se podía prever, eran las infames calumnias contenidas en los considerandos. Se declaraba á los acusados convictos de haber formado una lista de proscripción contra «los mandatarios fieles del pueblo»; de haber maquinado la disolución de la Convención y el asesinato de los representantes. ¡Digna era esta sentencia de los Hermann y los Fouquier-Tinville! Los condenados la oyeron con resignación tranquila. «¡Muero por la causa del pueblo y de la igualdad!», dijo Alejandro Goujon.—«¡Deseo, habló Duquesnoi, que mi sangre sea la última sangre inocente que corra, y ojalá que sirva para consolidar la Re-

pública!—«¡Mi último voto, exclamó Bourbotte, mi último suspiro, será para la patria!» Al salir del Tribunal, Bourbotte se clava un puñal en el pecho; Goujón se hunde en el corazón el cuchillo que había recibido de su familia; Romme arranca el cuchillo del cuerpo de Goujon, se hiere con segura mano, y alarga el arma á Duquesnoi. De éste, el cuchillo pasa sucesivamente á Duroi y á Soubrani. Romme, Duquesnoi y Goujon mueren en el acto; Duroi, Bourbotte y Soubrani son llevados al cadalso, regando el suelo con su sangre. Soubrani muere en el camino; Duroi y Bourbotte suben las gradas del patíbulo gritando: «¡Viva la República! La plaza de la Revolución estaba casi vacía, el pueblo había perdido, con las armas, el entusiasmo político, y aun sin esto, no había de ir á presenciar la ejecución de sus postreros defensores, á quienes no había sabido defender.

Este día fué el más triste de todos los de la Convención, más triste que el dos de Junio, por no haber precedido á esta catástrofe aquellas tenaces y enconadas luchas que no justifican, pero que explican las pasiones de los partidos del noventa y tres. Duélenos no haber podido dedicar unas cuantas páginas más á estos varones puros esforzados y generosos, tenidos en injusto olvido, hasta que J. Claretie les ha levantado un momento en el hermoso libro *Los últimos montañeses*. No se calmó con su muerte el furor reaccionario, antes se recrudeció amenazando tragarse unos tras otros á todos los patriotas que habían contribuído á salvar á Francia de la invasión extranjera. Arrestados fueron otros muchos representantes de los que habían desempeñado comisión en los ejércitos, entre ellos Lacoste y Baudot, amigos ambos de Hoche, á quien habían prestado valioso auxilio en la reconquista de Alsacia. Fué menester, para que la reacción thermidoriana se detuviese, que las matanzas del Mediodía no cesaran, que la Vendée y la chuanería volvieran á levantar cabeza y que Puisaye desembarcara en las costas de Bretaña.

La paz de Jaunaye era imposible. Los oficiales republicanos no podían resignarse con que los insurrectos, después de haber reconocido la República, siguiesen armados y nombrando sus coroneles y sus generales, á modo de un Estado independiente; ni los jefes insurrectos habían renunciado por un instante á la guerra, en ella pensaban y sólo esperaban para reanudarla las órdenes de su rey. Dadas estas hostiles disposiciones por entrambas partes, no tardó el país en ser teatro de recíprocos agravios y de querellas cada día más envenenadas. Soldados republicanos maltrataban á campesinos aislados; éstos aprovechaban la primera ocasión para vengarse matando á los republicanos; las aldeas se resistían á llevar sus productos á las ciudades, para cambiarlos por asignados; los generales amenazaban apoderarse de los granos á viva fuerza, y entonces los campesinos volvieron á ocultar sus provisiones en el fondo de los bosques. Con razón escribía á diario el general Hoche á París que la paz no era más que una ilusión, y que solamente con enérgicas medidas podía salvarse la República. Pero la Convención no consideraba como enemigos ni se ocupaba en perseguir más que á los montañeses. Gracias que, el veinticuatro de Ma-

yo, cayeron en poder del general republicano unos despachos que Cormatin enviaba al Consejo realista de Morbihan, y enterado por ellos de los formidables proyectos realistas próximos á realizarse, obtuvo de los comisarios de la Convención carta blanca para realizar su plan, que consistía en apoderarse de los principales cabecillas insurrectos. Cormatin y otros jefes fueron cogidos y encarcelados; Bois-Nardi, el más prestigioso de todos, muerto; dispersos, varios destacamentos, y treinta y dos columnas móviles recorrieron el país en todas direcciones. De esta suerte, los dos caudillos con quienes contaba principalmente Puisaye, Cormatin y Bois-Hardi, estaban fuera de combate, preso el uno y el otro muerto en el instante en que zarpaba de Inglaterra la flota que aquél había preparado.

Y no fué esto lo peor. En alta mar, Puisaye se enteró de las últimas instrucciones del ministro de la guerra, Windham, por las cuales se le confiaba el mando de la expedición, ordenándose á los almirantes ingleses sostenerle y obrar conforme á sus órdenes. Pero se le había olvidado á Windham comunicar estas órdenes al conde d'Ilervilli, y este noble, adocinado y testarudo, como la mayor parte de los emigrados, alegó que él también había recibido instrucciones, las cuales le ordenaban no comprometer sus regimientos penetrando en lo interior del país sin tener asegurada la retirada. En vano se le hicieron observaciones; se encerró en que conservaría su libertad de acción y consideraría á Puisaye como compañero, no como superior. De más funestas consecuencias aun que esta división de los jefes, fué la conducta del partido realista, que subvertió, por su estrecho fanatismo, las circunstancias por todo extremo favorables á la causa de los Borbones. El pueblo estaba harto de la Convención, de la que sólo recibía hambre y trastornos, y suspiraba por un régimen estable, que le devolviese la tranquilidad y el orden. Con sólo haber admitido como amigos á los que no fuesen adversarios manifiestos y haber prometido una Constitución liberal, Luis XVIII habría contado con las nueve décimas partes de los franceses. Pero en vez de esto, en los mismos instantes en que la expedición partía de las costas inglesas, el conde de Entraigues, uno de los principales confidentes de Luis XVIII, denunciaba, en una *Memoria* impresa en París, á los constitucionales como pecadores más peligrosos que los jacobinos, y les condenaba á la rueda y á la horca; entre los mismos emigrados, se perseguía con el desprecio y la chacota á los que profesaban opiniones un tanto liberales, y numerosos folletos anunciaban el próximo castigo de todos los propagadores y partidarios de las ideas revolucionarias, sin distinción de colores ni matices. Los monárquicos de París hallábanse consternados ante esta actitud de los amigos y consejeros de los Borbones, y pedían á voz en grito que no se cerrara la era de la revolución sin que se conjurasen las nuevas desgracias con que se amenazaba desde el extranjero. Por todo esto, antes de que Puisaye tocase á las costas de Francia, la opinión pública le era mortalmente hostil. Todavía hubo más. La agencia del abate Brottier había desaprobado el plan de Puisaye, por la sola razón de basarse en la protección de los ingleses, y apeló á todos

los medios para hacerlo fracasar. Participó á Charette, en nombre del rey, que el ataque á Quiberon era una estratagema para despistar al enemigo, que el verdadero desembarco se efectuaría en la Vendée y que no se moviese de su provincia hasta que esto sucediese, todo lo cual era falso y sólo tenía por objeto privar á los compañeros de Puisaye de la cooperación de los vendeanos. Tampoco Stofflet les ayudó, seducido, parte, por su envidia de Charett, á quien Luis XVIII acababa de nombrar lugarteniente general; parte, por las solicitudes de otra agencia realista establecida en París que acusaba á Luis XVIII de liberalismo y reservaba la corona para el conde de Artois. Brottier practicó las mismas gestiones con los jefes chuanos, intimándoles que, conforme á las instrucciones de su rey, se estuviesen tranquilos hasta nueva orden y evitasen cualquier conflicto con los republicanos. ¡Qué desconcierto! Al tiempo que navegaba hacia las costas de Francia el ejército de emigrados para poner en el trono á su rey, el mismo rey desarmaba los brazos cuyo concurso era indispensable al éxito de la empresa.

Constaba la flota expedicionaria de ocho fragatas y ocho barcos menores, que llevaban tres mil quinientos hombres, mandados por el conde d'Hervilli, veintidós mil uniformes, treinta mil fusiles, diez y nueve cañones, seiscientos quintales de pólvora y víveres para seis mil hombres durante tres meses. Protegíala una escuadra de quince navíos de línea, que el veintidós de Junio sostuvo una refriega con la republicana, mandada por el almirante Villaret-Joyeuse. El veinticinco anclaron los expedicionarios en la bahía de Carnac, famosa por sus majestuosos monumentos célticos, entre el golfo de Morbihan y la península de Quiberon; pero no desembarcaron, por exigencia d'Hervilli, hasta el veintisiete. Catorce mil chuanos se les presentaron, á las órdenes de Cadaudal, Dubois-Berthelot y el caballero de Tinteniac, y después de haberles provisto de fusiles, Puisaye los repartió en tres divisiones y los dirigió hacia Auray y Landevan, de las que se apoderaron, adelantándose la vanguardia hasta Vannes. Estos primeros triunfos levantaron el espíritu del país, al par que sembraron la consternación entre las autoridades republicanas de las inmediaciones. Pero esto no era nada para las energías de Hoche, que proveyó al peligro con la prontitud y perspicacia que había mostrado en la campaña del Rhin. Pidió refuerzos á Canclaux y á Aubert du Bayet; ordenó á los comandantes de Lorient y de Brest defender sus plazas hasta verter la última gota de sangre; mandó á los jefes de todas sus columnas que enviasen contra Auray á los soldados de que pudiesen desprenderse, y por su parte, reunió las fuerzas diseminadas en los alrededores, que subieron á poco más de dos mil hombres, y luego, sin cuidarse de la desproporción del número, se arrojó en la tarde del veintiocho sobre los chuanos de Vannes, á los que expulsó de la ciudad y persiguió camino de Auray. Al día siguiente; d'Hervilli atacó la península de Quiberon, lengua de tierra, arenosa, árida, sin árboles ni agua, de tres leguas de largo por media de ancho, y menos aún en el punto de unión con el continente, donde se levantaba, ocupando casi

todo el ancho, el fuerte Penthièvre, cuya guarnición, de setecientos hombres, rindió las armas el tres de Julio, tras ligera resistencia, y se pasó en su mayor parte á las filas enemigas. Como en compensación de esta pérdida, Hoche, que había elevado sus fuerzas á cinco mil hombres, echaba de Auray y de Landevan á los chuanos, quienes, al verse abandonados por d'Hervilli, se quejaron furiosos á Puisaye de haber sido vendidos. Algo de esto había. Acababa de recibir d'Hervilli cartas del abate Brottier recomendándole que se abstuviese de operar hasta que se descubriesen los planes sospechosos de Puisaye, y bajo la influencia de esta recomendación, en vez de marchar el cuatro de Julio contra Hoche, decidió que todas las tropas se retirasen en la península, donde, al amparo del fuerte Penthièvre y de las chalupas cañoneras de los ingleses, podrían esperar las nuevas instrucciones de Londres. Esta medida fué un desastre. De los chuanos, muchos se dispersaron, volviéndose á sus hogares, y los que optaron por obedecer la orden, se reunieron tristes y abatidos en la península, con las mujeres y niños de las aldeas inmediatas. En cuanto á los emigrados, la discordia dividió á sus jefes. Puisaye y d'Hervilli estuvieron tres días sin hablarse. Determinóse, al fin, que dos destacamentos de chuanos partiesen en barcos ingleses á distintos puntos de la costa, para reunirse en lo interior y asaltar el campamento republicano por detrás el diez y seis de Julio, al tiempo que otros dos cuerpos, compuestos de campesinos el uno y el otro de emigrados, lo atacarían por el flanco y de frente. Nuevo error: dispersar las fuerzas fijando para su unión un día remoto, en el que podía estarse seguro de que el enemigo se habría reforzado.

Y así fué. Entre los republicanos, todo era actividad, entusiasmo y unión. La Convención había comisionado á dos individuos del Comité de Salvación pública, Tallien y Blad, du Bayet y Canclaux habían enviado tropas y municiones á Hoche, que vió elevarse sus tropas á quince mil hombres, en el campamento de Santa Bárbara, fortificado con trincheras y reductos. La empresa de los realistas fracasó. Los dos destacamentos, de tres mil quinientos hombres cada uno, que salieron de Quivaron el siete, anduvieron errantes, teniendo que sostener combates á cada paso, hasta que, muerto Tinteniac en una refriega, los campesinos se dispersaron y huyeron á los bosques. El tercer cuerpo, mandado por el conde de Vauban, faltó también á la cita; de suerte que, el día diez y seis, d'Hervilli se halló solo, con sus tres mil quinientos emigrados, frente á un enemigo cuatro veces superior, al que atacó, sin embargo, con valor digno de mejor suerte: sus regimientos fueron diezmados y él mortalmente herido. Llegó á la sazón de Inglaterra otra división de emigrados, mil quinientos hombres, que no pudieron tomar parte en el combate ni cambiar el curso de los sucesos. Los mandaba el joven conde de Sombreuil, hermano de aquella valerosa joven que había salvado á su padre de las matanzas de Septiembre, pero que no pudo salvarle de la guillotina. Ya no detenía á Hoche otra barrera que el fuerte Penthièvre. El diez y nueve de Julio se le presentó el sargento Goujon, uno de los prisioneros de